

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 y 12 de Noviembre de 2011

Autor: Emiliano Gastón Sánchez

Afiliación institucional: CONICET/UNTREF/UBA

Correo electrónico: emilianosanchez81@hotmail.com

Eje 5. Política. Ideología. Discurso.

Título: “Ser testigo de la barbarie. La ocupación alemana de Bélgica a través de las crónicas de Roberto Payró en el diario La Nación”

“Desde hacía algunos años corrían rumores acerca de un plan secreto del Estado Mayor alemán para invadir Bélgica en caso de tener que atacar a Francia a pesar de todos los tratados firmados [...] Me parecía de lo más absurdo que, mientras miles y miles de alemanes disfrutaban, indolentes y felices, de la hospitalidad de aquel pequeño país que no tenía parte en la reyerta, hubiera un ejército en la frontera a punto de invadirlo. -¡Qué disparate! -dije- ¡Colgadme de esta farola, si lo alemanes entran en Bélgica! Todavía ahora doy las gracias a mis amigos por no haberme tomado la palabra”.

Stefan Zweig¹

A pesar de la existencia de un tratado internacional que establecía su neutralidad frente a un eventual conflicto bélico, □ “un pedazo de papel” según la célebre alusión del Káiser Guillermo II □ el 4 de agosto de 1914, siguiendo las directivas del Plan Schlieffen, las tropas alemanas invadieron el territorio de Bélgica. A partir del supuesto de que el enfrentamiento con uno de los miembros de la Triple Entente implicaba una guerra contra todos ellos, dicho plan consistía en una enorme movilización envolvente de más de un millón de hombres que aspiraba obtener una rápida victoria sobre Francia para luego replegarse y atacar sobre el frente oriental antes de que la movilización rusa se hubiera completado.

A pocos días de iniciada la invasión comenzaron a circular rumores sobre las atrocidades cometidas por los soldados alemanes contra la población civil de Bélgica y de las provincias fronterizas de Francia. En un periodo relativamente breve, del 5 de agosto al 21 de octubre de 1914, se registraron cerca de 6500 fusilamientos y el establecimiento de un patrón de conducta que incluyó robos, saqueos, incendios, violaciones de mujeres, el uso de civiles como escudos humanos, deportaciones y la destrucción de edificios considerados patrimonio histórico y cultural

¹ Zweig, S. (2001). *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona: Acantilado, p. 283.

de la humanidad, como la biblioteca de la Universidad de Lovaina y la catedral de Reims.² A partir de entonces la referencia a la causa de Bélgica y la defensa de sus derechos se transformó en una cuestión de índole moral, de fundamental importancia para justificar el ingreso en la guerra en países como Gran Bretaña y, sobre todo, para influir sobre la opinión pública de las naciones neutrales a través de la prensa y, posteriormente, mediante la publicación en diversos idiomas de los informes oficiales realizados por las diferentes comisiones aliadas a lo largo de 1915.³

El 20 de agosto de 1914 las tropas alemanas entraron en la ciudad de Bruselas. Allí, en el 327 de la Avenue Brugmann en el barrio de Uccle, vivía el escritor y periodista argentino Roberto Payró. Sin dudas, como recordará Alberto Gerchunoff al evocar los años de la ocupación, “pudo Roberto Payró, con la diligencia amistosa del ministro argentino en la capital belga, salir del territorio sojuzgado, regresar a su tierra natal, o trasladarse a España o Suiza”.⁴ Sin embargo, Payró decidió quedarse en Bruselas junto a su familia y comprometerse con la causa belga, sufriendo los cuatro años de la Gran Guerra en un país devastado, preso de la incomunicación, el hambre, la falta de dinero, las amenazas del invasor como uno de los momentos más difíciles de su vida y cuyas consecuencias dejaron profundas marcas en el autor.⁵ Durante los primeros seis meses de la contienda se sumergirá en una escritura frenética de diarios, crónicas y correspondencias que con enormes dificultades logrará hacer llegar para su publicación al periódico *La Nación* de Buenos Aires.

² Véase la extraordinaria investigación de Horne, J. y Kramer, A (2001). *German atrocities 1914: a history of denial*. New Haven-Londres: Yale University Press, p. 74-78 y el apéndice 1, pp. 435-439.

³ Cf. Schaepdrijver, S. (2002). The idea of Belgium. En A. Roshwald y R. Suites (comps.), *European culture in the Great War: the arts, entertainment, and propaganda, 1914-1918* (pp. 267-294). Cambridge: Cambridge University Press. La investigación francesa se publicó en enero de 1915, la Comisión Bryce, británica, dio a conocer su informe definitivo en mayo de 1915 y la Comisión Belga publicó su informe final en octubre del mismo año. Para sus respectivas versiones en castellano, véase: *Las atrocidades alemanas. Informe oficial de la Comisión nombrada para comprobar los actos cometidos en el territorio francés con violación del Derecho de Gentes* (1915). París: Garnier; *Informe acerca de los atentados atribuidos a los alemanes emitido por la comisión nombrada por el gobierno de su Majestad Británica* (1915). Londres: Thomas Nelson; *Informe sobre las violaciones del derecho de gentes en Bélgica* (1915). París: Berger-Levrault.

⁴ Gerchunoff, A. (1951). Un Quijote argentino. En A. Gerchunoff, *Retorno a Don Quijote* (pp. 45-46), Buenos Aires: Sudamericana.

⁵ Los testimonios lo señalan reiteradamente: en Bélgica “dio la medida de su capacidad para el sacrificio”, escribe Julio Piquet en “Apuntes a lápiz” en el número homenaje de la revista *Nosotros*. 228 (1928): 165. Su hijo Julio escribe: “Además de la claustrofobia, la fiebre obsidional, la ruina económica, las privaciones, aun el hambre, que formaron la trama de la existencia en el país ocupado y sujeto a los vejámenes, las depredaciones [...] el escritor argentino padeció todos los sufrimientos morales que las grandes tragedias colectivas precipitan sobre el hombre de corazón e inteligencia”, Prefacio. En R. Payró *El diablo en Bélgica* (p.9). Buenos Aires: Quetzal.

Esta ponencia se propone ofrecer una caracterización general de las crónicas elaboradas por Roberto Payró sobre la invasión y la ocupación alemana de Bélgica, atendiendo principalmente a las imágenes y las representaciones elaboradas por el autor. Dos hipótesis generales guiarán esta reconstrucción. La primera, afirma que el recurrente conflicto entre la labor periodística y la producción literaria vistas como dos lógicas irreconciliables y la consecuente tensión identitaria que emerge con intermitencia a lo largo de la vida de Payró, se inclina durante la ocupación alemana de Bélgica decididamente por su condición de cronista y repórter. Y que la reivindicación de ese perfil periodístico más que el literario permite la emergencia de una forma de intervención intelectual de características específicas.

La segunda hipótesis sostiene que la mirada de Payró sobre los acontecimientos que están ocurriendo en Bélgica se halla atravesada por valores culturales, visiones políticas y elementos de la memoria histórica de su país de origen. En ese sentido, las representaciones que el autor construye sobre las atrocidades alemanas permiten dar cuenta de los universos ideológicos y los climas culturales que marcaron los primeros meses de la Gran Guerra aunque siempre desde sus propios parámetros conceptuales y morales que implican, en última instancia, una perspectiva autorreferencial sobre el propio horizonte cultural del observador. Y que a medida que la Gran Guerra sea percibida como un quiebre civilizatorio emergerá una interrogación y una cierta incertidumbre sobre la propia identidad nacional.

Para ello, se analizarán las crónicas producidas al calor de los primeros seis meses de la Gran Guerra, publicadas en el matutino porteño entre septiembre de 1914 y septiembre de 1915, fecha en que la actividad proselitista y denunciante de Payró llega a los oídos de las autoridades alemanas en Bélgica, desatando contra él una andanada represiva que incluirá varios allanamientos de su vivienda, la requisa de manuscritos, el sometimiento a dos interrogatorios y la imposición de férreas condiciones de vigilancia.

Un viejo repórter anclado en Bruselas

“La mayor desgracia del escritor auténtico es carecer de medios suficientes para vivir, porque se verá condenado a escribir artículos y los artículos, por mucho que valgan, son hojas que se las lleva el viento”

“Le tocó moverse en dos ambiente inferiores entre nosotros, el del teatro y el del periodismo; el uno refugio de improvisadores, el otro, de arribistas: Payró ennobleció, dio categoría al uno y al otro”

Álvaro Yunque⁷

A partir de 1880 se produjeron en el país una serie de transformaciones económicas, políticas, demográficas y culturales que obligaron a los periódicos a ensayar una modernización acorde a los nuevos tiempos. Procesos más amplios como el crecimiento del mercado de bienes culturales y el desarrollo del campo intelectual, cuyos contornos están plenamente configurados hacia el Centenario,⁸ enmarcaron e impulsaron transformaciones en la composición del público lector y del mercado editorial, la profesionalización del escritor como así también innovaciones en los formatos, géneros y discursos de las publicaciones periódicas, renovadas de la mano de novedades técnicas que permitieron aumentar las tiradas e incorporar imágenes y que diversificaron el campo periodístico y las funciones simbólicas que la prensa cumplía en la vida pública de la Argentina.⁹ Junto con estas transformaciones, se inauguraron nuevas formas de ingreso al periodismo ligadas en ocasiones a un nuevo género textual, la crónica, cuyas condiciones de producción la situaban a mitad de camino entre el periodismo y la ficción.¹⁰

Roberto Payró ejemplifica de modo cabal las diferentes inflexiones de la profesionalización del escritor en el Buenos Aires fin-de-siglo y sus estrategias de inserción pues, como ha señalado

⁶ “Periodismo literario y no literario”. En M. Gálvez (2002), *Recuerdos de la vida literaria (I). Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios* (p. 515). Buenos Aires: Taurus.

⁷ “Introducción”. En Raúl Larra (1938), *Payró. El hombre y la obra* (p. 8). Buenos Aires: Claridad.

⁸ Altamirano, C., Sarlo, B. (1997). La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos. En C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia* (pp. 161-200). Buenos Aires: Ariel.

⁹ Para una visión general del proceso de modernización puede consultarse Roman, C. (2010). La modernización de la prensa periódica. Entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898), en A. Laera (Ed.), *Historia crítica de la literatura argentina: El brote de los géneros* (pp. 15-37). Buenos Aires: Emecé. Sobre el desarrollo del mercado editorial cf. Pastormelo, S. (2006), 1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial. En J. L. De Diego (Dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000* (pp. 1-28). Buenos Aires: FCE. Sobre la emergencia del nuevo público lector, Prieto, A. (2006). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI y Romano, E. (2004), *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires: Catálogos. Acerca de la profesionalización e inserción del escritor en la prensa periódica cf. Rivera, J. (1998), *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires: Atuel y Laera, A. (2008), *Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)*. En C. Altamirano, (Dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo* (pp. 495-522). Buenos Aires: Katz. Las transformaciones en las técnicas de impresión y la incorporación de imágenes son analizadas por Szir, S. (2007). *Infancia y cultura visual. Los periódicos ilustrados para niños (1880-1910)*. Buenos Aires-Madrid: Miño y Dávila.

¹⁰ Sobre la emergencia de la crónica, véase: Ramos, J. (2003). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Cuarto Propio y Rotker, S. (2005). *La invención de la crónica*. México: FCE.

Laera, encarna “a un periodista profesional en el sentido fuerte del término que construye en el interior del diario un espacio propio reconocible, generalmente por la escritura de crónicas o de alguna sección idiosincrática, y que, gracias a eso pero paralelamente, crea una zona exterior a la prensa reservada a una literatura pretendidamente no periodística”.¹¹

Hacia 1883 comienza su labor periodística y el trajinar por el mundo de las redacciones. Desde Europa, recordará sus primeros pasos en correspondencia con Alberto Gerchunoff:

Mi via crucis periodística comenzó allá por 1883, apenas escapé de las aulas, en un diarito titulado “El Comercio”, donde escribí por las entradas de teatro [...] “La Patria Argentina”, dirigida entonces por D. Juan Gutiérrez, fue el primer diario que me pagó sueldo, allá por 1885 [...] El segundo fue “La Libertad”, de D. Victorino de la Plaza, dirigida por D. Ricardo Pillado. El tercero, “Sud América”, al que me llamó el poeta Rivarola. El cuarto, “La Razón”, del doctor Onésimo Leguizamón, inolvidable por muchos conceptos, sobre todo por la fraternal amistad allí nacida entre Martiniano y yo. El quinto, “El Interior” de Córdoba.¹²

En 1892 su amigo José Miró, más conocido bajo el pseudónimo literario de Julián Martel, le presenta a Julio Piquet, secretario de redacción de *La Nación* y este recomienda fuertemente al administrador Enrique de Vedia su ingreso en el periódico, iniciándose así la dilatada relación de Payró con el diario de los Mitre que se prolongaría hasta su muerte en 1928.¹³

La profesión de periodista le brindará la posibilidad de desplegar toda su destreza y capacidad de trabajo, dejando una marca duradera en su identidad profesional. En reiteradas ocasiones vehiculiza los reclamos de este nuevo actor de la escena intelectual mediante diversas crónicas publicadas en *La Nación* y en 1907 desempeñará un rol central en la fundación de la primera Sociedad Argentina de Escritores, abocada a la defensa de los derechos gremiales e intelectuales de los escritores asalariados y los periodistas.¹⁴

¹¹ Laera, A. (2008). Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910), *op. cit.*, p. 503.

¹² Carta a Alberto Gerchunoff fechada en Barcelona el 11/12/1908, citada por González Lanuza, E. (1965). *Genio y figura de Roberto J. Payró*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 37 y 38.

¹³ En la citada carta autobiográfica Payró indica imprecisamente su ingreso a *La Nación* en 1891 y esa fecha se ha reiterado en la bibliografía aunque como ha demostrado Jorge Severino, los escritos iniciales en dicho diario datan de diciembre de 1892. Cf., Severino, J. (1995). *Apuntes para un desagravio (encuentros imaginarios con Roberto J. Payró)*. Buenos Aires: Fundación El Libro, p. 29. Sobre *La Nación* en el periodo que nos ocupa, véase: Mogillansky, G. (2004), Modernización literaria y renovación técnica: *La Nación* (1882-1909), en S. Zanetti, *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires, 1892-1916* (pp. 83-104). Buenos Aires: Eudeba y Sidicaro, R. (1993). *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 25-54.

¹⁴ La casa de los que no tienen casa, El hogar intelectual, Una nueva profesión y Los derechos del repórter incluidas en Payró, R. (1909). *Crónicas*. Buenos Aires: Rodríguez Giles. Sobre el proyecto gremial de Payró, véase: Dalmaroni, M. (2006), *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*. Rosario: Beatriz Viterbo, pp. 141-151.

Desde su temprana iniciación Payró vive casi exclusivamente de su trabajo literario y periodístico, un trabajo rutinario y, por momentos, tedioso que incluye traducciones, artículos, correcciones, elaboración de discursos para terceros, etc.¹⁵ Esta situación es la que explica sus reiteradas referencias al tema del periodismo y la escritura por encargo como un trabajo que agota las posibilidades del escritor. A propósito, recordando el sombrío destino de José Álvarez, que también era el suyo, señala:

El que escribe tiene que caer en el periodismo, secarse en la tarea ramplona, deprimente y destructora, o reventar, si no tiene carácter para emprender el comercio, o correr tras de un empleo para sostenerse de él en cuanto lo consiga –generalmente tarde y mal- y renunciar al nombre literario que puede no servirle sino para crearle enemigos.¹⁶

También cabe recordar aquí, entre otras referencias, las líneas que con un cierto dejo condescendiente, escribiera Rubén Darío sobre la cuestión:

Si el ambiente no te es propicio como á todos los que tenemos nuestras barcas en la Estigia de tinta de la prensa, no por eso te has acobardado, y has podido, en medio de tus tareas psico-mecánicas del diario, trazarte tu plan intelectual y poner a disciplina tu pensamiento para la realización de obras de verdad, de bien y de belleza [...] Has tenido un buen campo de experiencia y ése es el diario. Yo le oigo maldecir y sé que se le pinta como la galera de los intelectuales, como el presidio de los literatos, como la tumba de los poetas. Y es a mi ver injusto de toda injusticia ese cargo [...] No mueren las ideas porque tengamos que escribir del hecho común o que comentar el suceso de ayer [...] Sin esas gimnasias de la prensa, tu idea no habría tenido nunca músculos.¹⁷

El fastidio generado por la irresolución de ese conflicto explica, en parte, la decisión de alejarse del escenario intelectual porteño y comenzar su experiencia europea.¹⁸ El cobro inesperado de la herencia de un pariente lejano, le permitió trasladarse con su familia a Europa y radicarse allí. El destino inicial fue Barcelona pero tras el fracaso de su emprendimiento editorial, la Casa Editorial Mitre y empujado por los acontecimientos de la Semana Trágica de 1909, decidió instalarse definitivamente en Bélgica, gracias a la intermediación de su amigo el

¹⁵ Sobre la labor de Payró como traductor y director de la Biblioteca de *La Nación*, véase: Severino, J. (1996), Biblioteca de *La Nación* (1901-1920). (Los anaqueles del pueblo). *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*, 1, pp. 80-106.

¹⁶ Payró, R. (1931). Fray Mocho, en *Siluetas*. Buenos Aires: Anaconda, p. 87. El tópico será reiteradamente desarrollado por Payró en el ensayo *Triunfador* de 1897, en el cuento *Mujer de artista* incluido en *Violines y toneles* (1908) y en la obra dramática *El triunfo de los otros* estrenada por la Compañía de Enrique Borrás el 22 de junio de 1907.

¹⁷ Darío, Rubén (1907). Introducción a *Nosotros*. *Nosotros*. 1, pp. 9-10. El artículo de Darío fue publicado originalmente en el diario *La Nación* en 1896 aunque como señala la redacción de la revista “contiene enseñanzas que si bien ya dichas en 1896, nadie negará que es conveniente repetir las en 1907”.

¹⁸ Cf. García, G. (1961). *Roberto J. Payró. Testimonio de una vida y realidad de una literatura*. Buenos Aires: Nova, pp. 119-120 y 130-131.

ingeniero Eugenio Koettlitz. Desde allí, recorrerá el país como corresponsal de *La Nación*, recogiendo relatos y costumbres del folklore de Flandes y Valonia, publicadas póstumamente como *El diablo en Bélgica* y exponiendo los acontecimientos políticos, económicos y sociales de la “pequeña y noble Bélgica” en sus crónicas publicadas con anterioridad al conflicto bélico, *Cartas informativas* y *Visiones y lecturas* y encariñándose de ese país como una segunda patria.¹⁹

Su asentamiento en Europa no hará desaparecer la reflexión sobre la figura del escritor profesional y su agotamiento en los engranajes de la prensa. De hecho, en la semblanza del poeta belga Émile Verhaeren, ratificando esa mirada bifronte que veremos emerger en sus crónicas desde Bélgica, escribe:

Bélgica, tierra de artistas y de pensadores, así como de industriales y de financistas, de grandes obreros y de insignes labradores, es desgraciadamente harto pequeña para sustentar a los escritores con el sólo producto de su pluma. Lo mismo ocurre y ocurrirá en nuestro país, mientras no se multiplique la población y crezca proporcionalmente el apetito intelectual que los diarios y periódicos alcanzan hoy –y sobran- para satisfacer. Por eso en Bélgica como aquí es muy raro el escritor profesional fuera del periodismo y casi no hay poeta o novelista de alguna reputación que no viva de un empleo público...²⁰

Sin embargo, a pesar de estos recurrentes lamentos sobre la imposibilidad de realizar una obra más vasta dadas las imposiciones del trabajo cotidiano, que incluso constituye uno de los ejes de la lectura de su obra por los contemporáneos²¹, en las crónicas remitidas desde Bélgica emerge una reivindicación del oficio de cronista y repórter y con ella, una forma de intervención intelectual que hace de la denuncia a través de la prensa el eje de su accionar aunque provenga de un intelectual que no posee el capital simbólico y la autonomía de un consagrado, como su

¹⁹ Sobre la influencia de Bélgica en su obra, véase: Goorden, B. (1998). Bélgica en la obra de Roberto J. Payró. En De Groof, B., Geli, P., Stols, E. y Van Beeck, G. (Eds.). *En los deltas de la memoria. Bélgica y la Argentina en los siglos XIX y XX* (pp. 201-204). Bélgica: Presses Universitaires de Louvain.

²⁰ Payró, R. (1931). Émile Verhaeren. En *Siluetas*. Buenos Aires: Anaconda, p. 33.

²¹ “¿Cuál habría sido la obra de Payró en un medio menos hostil a la literatura que el nuestro, y entiendo por hostil el medio que no permite al escritor vivir de su producción y concentrarse con profundidad? Su obra no sería diferente en su carácter, pero sería tal vez más copiosa” pues “esos libros y esos dramas de Payró se han construido en el descanso del periódico”, señala Gerchunoff en el estudio introductorio a *El Capitán Vergara*, Buenos Aires: Casa Editora de Jesús Menéndez, p. XIII. Ese tópico de lectura llega al paroxismo en el homenaje que le dedicara la revista *Claridad* tras su muerte, allí se lee: “La ceremonia del sepelio de los restos mortales del gran novelista, fue un espectáculo indigno que mereció el más franco repudio de los escritores honestos que asistieron a ella. Se inició la farsa, a la que no debieron ser ajenos los eclesiásticos mentores del diario que le chupó la sangre durante más de treinta años sin lograr doblegar su entereza moral, conduciendo el ataúd a la capilla del cementerio donde se entonó el kirieleisón o la milonga fúnebre ad-hoc, profanando burdamente la memoria del gran muerto, anticatólico de toda la vida, hombre de ideas claras y limpias, sin telarañas ni concesiones al frailerío”. Cf. *Claridad* se asocia al duelo provocado por la desaparición del venerado maestro y patriarca de nuestra literatura, Roberto J. Payró. *Claridad*, 156, s/p.

admirado Émile Zolá en el Affaire Dreyfus.²² Ni galera de los intelectuales ni papeles que se los lleva el viento, el periodismo será para Roberto Payró en tiempos de la Gran Guerra un medio de denuncia y posicionamiento intelectual.²³

Viejo conocedor de las trastiendas del periodismo y de las formas de invención de las noticias, comienza tempranamente a desconfiar de la escasa información que puede recolectar a través de los diarios que circulaban en Bruselas antes de la ocupación: “comienzo a no explicarme cómo, eternamente rechazados en todas partes, los alemanes ganan poco a poco terreno hacia el oeste, acercándose cada día más a Bruselas”.²⁴ La sensación de asfixia y de total aislamiento se incrementa con la llegada de los alemanes a Bruselas y con el progresivo establecimiento de un gobierno de ocupación, a pesar de las buenas noticias imperantes: “Estamos en una cárcel, separados completamente del mundo. Lo ignoramos todo, hasta lo que pasa en la misma Bruselas [...] a pesar de las noticias optimistas que siguen pintándose derrota tras derrota de los alemanes creo que el plan de éstos se ejecuta punto por punto, con sólo el retardo de algunos días, debido a la inesperada y heroica defensa de los belgas”.²⁵

Frente a ese progresivo aislamiento se impone una búsqueda de información veraz que escape al optimismo imperante en los escasos periódicos que circulan por Bruselas. Hacia finales de agosto su hijo Roberto se alista como camillero lo que le permitirá recorrer la ruta desde Charleroi hasta Namur y Dinant. Su padre le pide encarecidamente que tome notas de “ese camino de desolación” para luego transcribirlas en sus crónicas con el objeto de dar cuenta del

²² Al respecto, señala Pierre Bourdieu: “la autonomía del campo intelectual es lo que posibilita el acto inaugural de un escritor que, en el nombre de las normas propias del campo literario, interviene en el campo político constituyéndose así en un intelectual. El “Yo acuso” es el resultado y la realización del proceso colectivo de emancipación que progresivamente se ha ido produciendo en el campo de producción cultural: en tanto que ruptura profética con el orden establecido, reitera, en contra de todas las razones de Estado, la irreductibilidad de los valores de verdad y justicia, y al mismo tiempo, la independencia de los custodios de estos valores con respecto a las normas de la política (las del patriotismo por ejemplo) y a las imposiciones de la vida económica. El intelectual se constituye como tal al intervenir en el campo político *en el nombre de la autonomía* y de los valores específicos de un campo de producción cultural que ha alcanzado un elevado nivel de independencia con respecto a los poderes”, en Bourdieu, P. (1995). *La reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama, p. 197. En 1925, Payró dedicará su libro *El Capitán Vergara* a *La Nación*, “hogar y escuela de la libre intelectualidad sudamericana”.

²³ Recordemos que *La Nación* constituía por entonces el segundo periódico en importancia del campo periodístico argentino, con una tirada de aproximadamente 100.000 ejemplares diarios, que lo transformaba en un medio de ampliación fenomenal para las denuncias de Payró. Cf. Lerose & Montmasson (Eds.) (1913). *Guía periodística argentina*, Buenos Aires, pp. 63-64.

²⁴ Un lamento reiterado en los estudios dedicados a Payró era la carencia de una publicación que sacara del olvido a los escritos de su etapa europea y en particular, las crónicas sobre la Gran Guerra. Dicha empresa fue realizada en el año 2009 por Martha Vanbiesem de Burbridge quien tuvo a su cargo la edición de dichas correspondencias en el libro Payró, R. (2009). *Corresponsal de guerra. Cartas, diarios, relatos (1907-1922)*. Buenos Aires: Biblos. La cita proviene de la crónica “Diario de un incomunicado”, p. 668. En adelante citaré en base a esta edición.

²⁵ Payró, R. (2009), *Diario de un incomunicado*. En *Corresponsal de guerra, op. cit.*, p. 682.

nivel de devastación al que se ha visto sometido ese pequeño país. A su regreso Payró anticipa: “a lo largo del camino se cuentan desastres y se habla de las atrocidades cometidas por el invasor, que tiene la mano de hierro y un corazón de fiera. Pero él lo dirá mejor, porque él lo ha visto”.²⁶ La legitimidad de ese relato, que Payró glosa extensamente, emerge de la condición de testigo ocular de su hijo y a partir de entonces es nuestro cronista quien añora emprender largas giras por las zonas en poder de los alemanes para contemplar con sus propios ojos la devastación del país. En este sentido, las referencias son reiteradas: “me fue imposible ponerme al trabajo; sentía la necesidad imperiosa de salir, de ir al centro, de conocer los rumores”; tras escuchar el relato del agregado militar argentino, el coronel Lorenzo Bravo, sobre la toma de Amberes, afirma: “sea como sea yo también tengo que verlo todo. Ya encontraré el medio” y nuevamente, “he de procurarme los medios de visitar personalmente todos esos campos de desolación”.²⁷ Los medios necesarios para dicha empresa se hacen realidad cuando días después de la caída de Amberes un amigo suyo obtiene un permiso para recorrer en automóvil la ruta comprendida entre Bruselas, Amberes y Lovaina, excursión de la que formará parte Payró, dando rienda suelta a su viejo espíritu de repórter: “hasta entonces me había sido imposible realizar en toda su amplitud mi misión periodística, y mi vieja sangre de repórter me hervía en las venas, como allá en la juventud”.²⁸

En estas excursiones a las ruinas presta oídos a los relatos de los sobrevivientes, escucha sus testimonios, recaba información mediante tácticas que a priori pueden parecer azarosas pero que, sin embargo, se hallan ordenadas, como nos recuerda Sarlo, por dos factores: el oficio del periodista y su sistema de ideas.²⁹ Son esas viejas prácticas del oficio las que veremos reaparecer junto con su identidad de periodista en las crónicas desde Bélgica. Y con ellas todas las marcas de un estilo construido a lo largo de los años por Payró, basado en la combinación justa de

²⁶ Payró, R. (2009), *Diario de un testigo*, *op. cit.*, p. 689.

²⁷ *Ibíd.*, pp. 804, 898 y 708, respectivamente.

²⁸ *Peregrinación a las ruinas*. *Op. cit.*, p. 711.

²⁹ Sarlo, Beatriz (selección, prólogo, notas y cronología) en Payró, R. (1984). *Obras*. España: Biblioteca Ayacucho, p. XXI. La autora recuerda allí una anécdota vertida en *La Australia argentina* que condensa cabalmente las prácticas de Payró como repórter: “¿A usted lo manda *La Nación*?-me preguntó el subprefecto. –Sí, señor.- ¿Y para qué? –Hombre...para ver... para observar...-¡Ah! ¿De modo que viene al *tuntún*? –En efecto, al *tuntún*. Siempre andamos así y a veces es muy curioso...”. Cf. Payró, R. (1985). *La Australia argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica, p. 103.

apelaciones al lector, narración, diálogos, referidos, anécdotas y descripciones combinadas con información fáctica y estadística.³⁰

La escritura de las crónicas de Payró se legitima, entonces, en la primera persona del cronista que funciona como garante no sólo de la veracidad de la información que registra y transmite con una pátina emocional e impresionista sino también de las otras voces -edictos, proclamas, testimonios, discursos, extractos de periódicos, etc.- que articula e intercala con su propia narración de los hechos. Y al mismo tiempo esa primera persona está despojada de subjetividad para crear el efecto de una narración de verdades, de un “efecto de realidad” al decir de Barthes, y no un mero registro de impresiones, sentimientos u opiniones.

A lo largo de las crónicas Payró construye un lugar de enunciación que por momentos enfatiza su condición de extranjero, -“aunque soy extranjero se me oprime el corazón ¡Qué sería si tal cosa sucediese en mi tierra!”, escribe al ver el ingreso de los soldados alemanes en Bruselas- pero con el correr de los días y su implicancia en la tragedia, despunta un “nosotros” del cual se siente parte. Ya inmerso y decididamente comprometido en denunciar los atropellos invasor, en una crónica escrita el 11 de octubre de 1914 parece reflexionar en voz alta sobre los motivos de su accionar:

¿Qué me importa a mí esta tragedia, de que debiera ser simple espectador? ¿Por qué la siento íntimamente ligada a mi vida? Porque veo la suerte a que están condenados los pueblos indefensos que se hallan al paso del aventurero armado de todas armas, porque muchos de mis ideales naufragan, porque las más generosas doctrinas hacen bancarrota. ¿Dónde están los pacifistas? En el ejército. ¿Dónde están los socialistas internacionales? Cada uno en su línea de batalla. ¿Dónde la justicia, la equidad, el ánimo imparcial de los varones justos e incorruptos? En ninguna parte...³¹

¿Qué queda entonces frente a esa tragedia que hace naufragar gran parte de sus convicciones? Como recordará en la inmediata postguerra, al narrar sus peripecias en Bélgica para el *Álbum de la Victoria* que coordinaba su amigo Alberto Gerchunoff: no quedaba otra posibilidad que ser “un molesto testigo” y a pesar del riesgo serio de vida y de las penurias que acarreaba permanecer en el país ocupado, no quedaba otra alternativa que cumplir con “mi deber de periodista, mi deber de testigo imparcial [...] No podía, no debía huir ante el fantasma,

³⁰ Sobre las técnicas de Payró como repórter, véase: El repórter viajero. En Larra, R. (1938). *Payró. El hombre y la obra* (pp. 85-100). Buenos Aires: Claridad y Servelli, Martín (2008). Ver, oír y contar: excursiones periodísticas de Roberto J. Payró, En *Actas del III Encuentro “La problemática del viaje y los viajeros”*. CESAL-UER ISHIR/UNICEN, Universidad Nacional del Centro, 2008.

³¹ Payró, R. (2009). La guerra vista desde Bruselas. En *op. cit.*, p. 890.

dejando por quimérico miedo de asistir a tantas cosas terribles o condenables como he visto después. Mi deber era quedarme”.³²

Narrar, representar y comprender la masacre

¿Son ustedes los nietos de Goethe, o los de Atila?

Romain Rolland³³

Teniendo en cuenta su dilatada experiencia en el periodismo y su eximio oficio de repórter, la publicación de las crónicas de Payró sobre la ocupación alemana de Bélgica son de una particular riqueza informativa más aún cuando, en líneas generales, las noticias sobre la conflagración que brindaban los periódicos porteños provenía principalmente de las agencias de noticias europeas como Havas y Reuters. Sin lugar a dudas, constituyen los relatos más documentados sobre la violación de la neutralidad belga y la denuncia más sistemática de los atropellos cometidos por el ejército alemán que puedan encontrarse en la prensa periódica argentina del momento. De allí, la aclaración introductoria de la redacción del periódico al iniciar la publicación del *Diario de un testigo*:

Nuestro corresponsal en Bruselas, D. Roberto J. Payró, nos ha enviado la correspondencia de esa capital que empezamos a publicar hoy. Se trata de un diario llevado escrupulosamente desde el 26 de julio, y cuya primera parte alcanza hasta el 4 de agosto. Ocioso nos parece encarecer la importancia de esta correspondencia, escrita por un testigo de los sucesos, que es, además, el escritor bien conocido y apreciado por los lectores de este diario.³⁴

Agudo interprete de la realidad, Payró había vaticinado en reiteradas ocasiones los peligros que una conflagración mundial implicaban para Bélgica, dadas sus dimensiones territoriales y su estratégica posición geopolítica. Ya hacia finales de 1912, con la guerra ardiendo en los Balcanes había expresado sus reticencias por la preservación de la neutralidad belga en caso de un

³² Payró, R. (1920). La dominación alemana en Bélgica. En A. Gerchunoff (Dir.) y A. Bilis (Dir. artístico), *El Álbum de la Victoria*. Buenos Aires: E. Danon Editor, s/p.

³³ Rolland, R. (1956). Carta abierta a Gerhart Hauptmann. En *El Espíritu libre*. Buenos Aires: Hachette, p.46.

³⁴ *La Nación*, N° 15338, 8/9/1914, p. 4.

conflicto europeo: “con razón o sin ella se teme una guerra europea, y se considera que traería consigo las consecuencias más funestas para el país, hasta su misma desaparición”.³⁵

Dedica varias crónicas a estudiar detalladamente la carrera armamentista y el delicado sistema de equilibrios de las potencias europeas, con la apesadumbrada convicción de que ninguna de ellas detendría dicha escalada, pues: “metidas las potencias en tales gastos que ninguna de ellas puede sostenerlos sin sacrificio vital, no habrá una que al borde de la bancarrota, ciega de rabia, atropelle de pronto, gritando: -“¡Perdido por perdido!”- como nuestros gauchos malos cuando buscaban una muerte heroica al verse rodeados por los veinte hombres de la “partida”.³⁶

Desatada la crisis de julio de 1914 y luego de conocerse las condiciones del ultimátum austríaco a Serbia, Payró comienza a llevar un registro meticuloso de los acontecimientos en su *Diario de un testigo*. En su primera entrada, correspondiente al domingo 26 de julio, reitera la advertencia sobre una posible invasión de Bélgica y sus consecuencias: “Si la guerra estalla, después de las angustias inevitables, después de la escasez y la miseria que reinarán mientras dure, ¡quién sabe si no viene la desaparición de Bélgica, amablemente absorbida por Alemania, o desmembrada y rota, tras haber servido una vez más de campo de batalla!”³⁷ Narra la zozobra y la expectativa de los días iniciales, los preparativos, los rumores más inverosímiles, en particular los que atienden a la solidez de la banca belga y al agio “que tan bien conocemos en la Argentina”.

Poco tiempo después del estallido de la Gran Guerra se inicia la querrela de las responsabilidades en la cual Payró se inclina por aquellos que asignan a las potencias centrales la culpabilidad por el desencadenamiento del conflicto:

La condenación de la conducta austríaca es general, aún entre muchos de los que menos simpatías sienten por los serbios, y la actitud alemana comienza a ser acerbamente criticada. Nadie admite que Alemania haya podido ignorar los propósitos de Austria, y muchos ven en el paso dado contra Serbia un pretexto evidente para hacer que la guerra estalle sin que parezca provocada por el gobierno alemán.³⁸

Ahora bien, ¿cuáles son las representaciones en la que abreva el autor para dar cuenta y explicar los hechos que presencia? En los países combatientes, los últimos días del mes de julio y

³⁵ “El temor de la guerra”, escrita en octubre de 1912 y publicada el 21/11/1912, en *Corresponsal de guerra, op. cit.*, p. 273.

³⁶ Payró, R. (2009). ¿Malos auspicios? En *Corresponsal de guerra, op. cit.*, p. 353.

³⁷ Payró, R. (2009). *Diario de un testigo*. En *op. cit.*, p. 594.

³⁸ *Ibíd.*, p. 602.

los primeros de agosto de 1914 fueron testigos de la emergencia de una verdadera cultura nacional de guerra en cuya elaboración los intelectuales serían de vital importancia. La invasión alemana de Bélgica desempeñó un papel central en la emergencia de dichas “culturas de guerra” que, si bien de contenidos diferentes en cada caso nacional, respondían en su forma y funciones a objetivos similares, a través de la construcción de diversos corpus de representaciones del conflicto cristalizados de forma sistemática.³⁹ Ante todo, aspiraban a la consolidación de la unidad nacional y la exaltación del sentimiento de comunidad para dotar de un sentido al conflicto y obtener un apoyo masivo al esfuerzo de la nación en guerra. Para ello, fue fundamental la creación de identidades colectivas polarizadas y dicotómicas que asignaban valores positivos a la propia identidad nacional o la de sus aliados y, paralelamente, desplegaban una progresiva demonización del enemigo y su cultura.

Contrariamente a lo que ocurría en Francia, que podía retrotraerse a los principios de 1789, en Inglaterra, que se asociaba con el liberalismo o en Rusia, autoproclamada representante del panslavismo, los intelectuales alemanes descubrieron que su país no poseía una misión específica que reivindicar y se abocaron a confrontar las ideas occidentales de libertad y democracia retomando algunos elementos de una ideología cuya construcción hundía sus raíces en la vieja polémica destinada a explicar y justificar la vía alemana hacia la sociedad capitalista. Una de las formas principales en que esto se expresó fue mediante la dicotomía entre la “civilización” francesa y la “barbarie” alemana, cristalizada en la oposición conceptual *Kultur/Civilization*, siendo ésta última un derivado de la Ilustración y del proceso revolucionario abierto en 1789, reforzado a partir de 1870 por el desarrollo de la cultura política republicana y que expresaba un sentido universal contrastante con el particularismo lingüístico y cultural que condensaba la noción de *Kultur*.⁴⁰

Aunque elaboradas pensando en un público lector de un país neutral y, por ende, ajeno en gran medida a la burda militarización de la cultura que sobrevino en los países combatientes, las crónicas de Payró contienen un proceso similar de estigmatización y demonización del pueblo y

³⁹ La acuñación original del concepto de “cultura de guerra” se halla en: Audoin-Rouzeau, S. y Becker, A. (1997). *Violence et consentement. La “culture de guerre” du premier conflit mondial*. En J. P. Rioux y J. F. Sirinelli (Eds.), *Pour une histoire culturelle* (pp. 251-271). París: Seuil.

⁴⁰ Cf. Demm, E. (1990). *Les intellectuels allemands et la guerre*. En J. J. Becker y S. Audoin-Rouzeau (Eds.), *Les sociétés européennes et la guerre de 1914-1918. Actes du colloque organisé à Nanterre et à Amiens du 8 a 11 décembre 1988*. París: Université de Nanterre. La bibliografía sobre los orígenes de ambos conceptos y su contraposición conceptual durante la Gran Guerra es vastísima. Un breve resumen puede consultarse en Goberna, Juan (2004). *Conceptos en el frente. La querrela de la Kultur y la Civilization durante la I Guerra Mundial*. *Historia Contemporánea*, 28, pp. 425-437.

la nación alemana que retoma los tópicos centrales de la dicotomía *Kultur/Civilization*. Luego de conocer la violación de la neutralidad belga Payró afirma:

[...] se trata de defender el hogar, se trata de oponer al imperialismo y a los últimos representantes del viejo orden una resistencia que los anonade; se trata de cerrar definitivamente para bien de los pueblos civilizados el largo y glorioso cielo abierto con la revolución de 1789; se trata de imponer la paz con las armas en la mano, triste pero inevitable exigencia de la época.⁴¹

Sin embargo, ese sentimiento de hostilidad hacia Alemania está catalizado por el inicio de la guerra pero difícilmente pueda afirmarse la presencia en los escritos de Payró un sentimiento antigermánico preexistente a la conflagración. De hecho, el autor destaca varios elementos encomiables de la sociedad alemana que son lo que quedarán enterrados tras esta aventura bélica:

Alemania se ha enajenado las simpatías de todos los pueblos libres al lanzarse a esta guerra [...] porque aunque triunfe –y es difícil que triunfe- ya no será para nadie la nación ponderada y sabia, la nación de los hombres de ciencia, de los filósofos, de los artistas, sino la de los aventureros conquistadores que no vacilaran en enlutar el mundo si con ello han de satisfacer su ambición⁴²

Esa representación de Alemania como un país pujante, con aspectos destacables en su organización social y que Payró hasta cierto punto parece admirar, es reiterada incluso durante el primer interrogatorio sufrido por el autor, el 22 de septiembre de 1915:

- ¿Ha sido Ud. siempre antialemán?
- Lejos de eso. La prueba está en que mis hijos se han educado en colegios alemanes y que el mayor ha pasado algunos años en el Realschule de Fulda.
- ¿Y se ha hecho Ud. enemigo de Alemania a causa de las pretendidas atrocidades cometidas por nuestros soldados?
- No, señor. Desde antes de eso: desde la violación de la neutralidad belga, porque eso es una cosa horrible.
- ¡Ah! Desde entonces cambió usted.
- No quién cambió fue Alemania.⁴³

Sin embargo, a medida que se vaya difundiendo el accionar de los ejércitos alemanes en el territorio belga y francés aumentará su estigmatización y el tono despectivo con el cual Payró se refiere a ellos, apelando a términos en boga por entonces como *albosch* o simplemente, el enemigo. Incluso la valoración de la cultura alemana es dejada de lado, optando por una lectura que pretende encontrar en ciertos autores los orígenes ideológicos y la justificación del comportamiento de los ejércitos alemanes, particularmente en la obra de Friedrich Nietzsche: “encarnación del pueblo alemán imperialista y su doctrina que es la santa doctrina germánica”.⁴⁴

⁴¹ Payró, R. (2009). Diario de un testigo. En *op. cit.*, p. 615.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ Payró, R. (1920). La dominación alemana en Bélgica. En *El Álbum de la Victoria*, *op. cit.*, s/p.

⁴⁴ Payró, R. (2009). Episodios de la ocupación alemana. En *Corresponsal de guerra*, *op. cit.*, p. 964.

A partir de allí, una operación recurrente será presentar a los alemanes como los herederos y continuadores de pueblos bárbaros, como los hunos o los mongoles, equiparando a Guillermo II con Atila o Gengis Kan:

El emperador Guillermo ha hecho pasear el incendio y la destrucción por todas partes, superando a los más bárbaros conquistadores [...] desde Visé por donde entraron en Bélgica, hasta Mons por donde pasaron para Francia, los cráneos de los civiles fusilados por sus hordas –hombres, mujeres, viejos y niños- le formarían un pedestal más alto que el de Gengiskán.⁴⁵

Y sin lugar a dudas el acontecimiento que más contribuyó en la construcción y estigmatización de la barbarie alemana fue el incendio y la destrucción de la biblioteca de la Universidad de Lovaina, aunque en este caso la equiparación remite al célebre incendio de la Biblioteca de Alejandría, ordenada por el Califa Omar en el año 634:

La destrucción de Lovaina ha provocado un grito unánime de indignación en toda Bélgica, y debo creer que en el mundo entero, pues no se borra así del mapa, sin causa alguna, con un propósito salvaje de intimidación, con un torpe deseo de venganza, una ciudad famosa en las lides pacíficas y fecundas del pensamiento, un archivo de la antigua sabiduría humana, un monumento incomparable en cuanto se refiere a la historia del cristianismo en Europa, desde la postrimería de la Edad Media hasta la época actual. Liberales y católicos, escépticos y creyentes, unidos en un mismo sentimiento de admiración hacia los esfuerzos que para acercarse al ideal y a lo absoluto hicieron nuestros remotos antepasados, no tienen sino anatemas implacables para el moderno Omar, más merecedor que el antiguo de la universal reprobación, pues nadie podrá poner en dudas, como a propósito de la de Alejandría, que Guillermo II ha hecho incendiar la biblioteca de la universidad católica y ha convertido en pavesas tesoros inestimables de la filosofía cristiana [...] es la invasión de los bárbaros.⁴⁶

El énfasis en el carácter bárbaro y retrogrado del Imperio será retomado en relación al bombardeo de la catedral de Reims, célebre por su arquitectura gótica y por haber sido testigo de la consagración de veinticuatro reyes de Francia, acción con la cual los alemanes continúan, según Payró, “su programa de alta *Kultur* iniciado al entrar en Bélgica”:

¡Los alemanes bombardean la catedral de Reims! [...] Si no es presentarse como bárbaros ante el mundo entero, ¿qué es lo que los alemanes buscan con este inútil atentado? [...] Ése, que pretende ser un pueblo de sabios y de artistas, de pensadores y de poetas, de filósofos y de creyentes, no sólo se entrega a la matanza y a las violaciones para sembrar el terror en el país que quiere someter sino que se encarniza contra los libros y contra las obras de arte, contra la ciencia y contra la fe”.⁴⁷

A lo largo de sus crónicas Payró observa las atrocidades alemanas con un prisma decididamente local, en el cual emergen recurrentemente elementos de su horizonte político-cultural de formación y a la hora de buscar una imagen de la historia argentina que condense la significación de la barbarie, ese agudo lector de Sarmiento que fue Payró, no encuentra otra

⁴⁵ Payró, R. (2009). Diario de un incomunicado. En *op. cit.*, p. 702.

⁴⁶ Payró, R. (2009). Diario de un incomunicado. En *Corresponsal de guerra, op. cit.*, pp. 705-706.

⁴⁷ Payró, R. (2009). La guerra vista desde Bruselas. En *op. cit.*, p. 842.

representación en la que apoyarse que no sea el accionar de los caudillos federales del interior argentino durante el siglo XIX, con el cual las equipara: “¿No parece esto de los proceder de Facundo o el Chacho, en las épocas más bárbaras que haya atravesado nuestro país?”.⁴⁸

Esa dicotomía civilización/barbarie será retomada en la minuciosa denuncia sobre las primeras víctimas que la República Argentina aporta a ese “diluvio universal de sangre”: el vicecónsul argentino en Dinant, M. Rémy Himmer, fusilado por los alemanes el 23 de agosto de 1914 y Julio Lemaire, vicecónsul y canciller del consulado general argentino en Amberes. De esta manera, “nuestro país ha comenzado, pues, a pagar su tributo de sangre en esta lucha feroz entre la mal disfrazada autocracia y los principios de independencia y libertad”.⁴⁹ Luego de ser publicadas en el matutino porteño éstas denuncias de las atrocidades alemanas comienzan a percibirse sus efectos sobre el diario y, posteriormente, sobre el autor. Al día siguiente de la publicación de las crónicas que denunciaban la muerte de los representantes argentinos en Bélgica, el Banco Alemán Transatlántico hizo saber al administrador de *La Nación* que anulaba la publicación de un aviso publicitario de dicho banco como así también las suscripciones para sus oficinas, la casa central en Berlín y una sucursal en Mendoza. *La Nación* comentó socarronamente al respecto: “no se nos tachará de excesivamente suspicaces si relacionamos un hecho con otro. En la vida de los diarios, los episodios de esa naturaleza son demasiado frecuentes para que les asignemos al que nos ocupa mayor importancia que la que en realidad tiene. Los que conocen la tradición de este diario saben que ni por eso, ni por mucho más, se apartará ‘La Nación’ de la línea de conducta que se ha trazado”.⁵⁰

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 850.

⁴⁹ Payró, R. (2009). Dos representantes argentinos muertos en la guerra. En *Corresponsal de guerra, op. cit.*, p. 631. El accionar de los alemanes en Dinant marca el número más alto de civiles fusilados durante los primeros meses de la invasión de Bélgica con un total de 674 sobre una población cercana a los 7000 habitantes, es decir, casi el 10% de la misma. Para una detallada reconstrucción de los hechos cf. Horne, J. y Kramer, A. (2001). *German atrocities, op. cit.*, pp. 42-53. El fusilamiento de Himmer fue constatado por la Comisión de Investigación belga en su *Informe*, p. 136. Sin embargo, no hay referencias al fallecimiento del vicecónsul de Amberes, según Payró muerto en el sótano de su casa tras el bombardeo de la misma. Para la elaboración de esta crónica el autor inició su propia investigación con información de primera mano del ministro argentino en Bruselas, el Dr. Alberto Blancas, del agregado militar, el coronel Lorenzo Bravo y de entrevistas e informes a testigos presenciales y miembros de la familia Himmer.

⁵⁰ ‘La Nación’ y la guerra (1914, noviembre 18). *La Nación*, p. 7. En lo que puede ser otro indicio del impacto que dichas denuncias producen y de la circulación de los textos de Payró, Larra comenta: “el crimen exalta al estudiantado argentino que realiza manifestaciones en contra de Alemania, apedreando el edificio de su legación en Buenos Aires. Grandes carteles adheridos a los muros reproducen frases de las correspondencias del autor”. Larra, R. (1938). *Payró, op. cit.*, p. 195.

“Payró fue un combatiente de la causa de la civilización y de la libertad, en medio del campamento germánico establecido en Bélgica” afirma Gerchunoff,⁵¹ lo cual es totalmente cierto aunque el caso de Payró presenta ciertas divergencias en el ordenamiento de esos conceptos pues si bien se alinea decididamente con la causa belga y apela a la dicotomía entre la civilización y la barbarie como lucha entre modelos civilizatorios para representar los hechos, se niega a equiparar a la Triple Entente con una alianza de países que encarnan la libertad y la democracia contra la tiranía y el militarismo:

La guerra actual puede y debe considerarse como una guerra de razas y como una guerra de principios. De un lado, la libertad; del otro, la autocracia que no tardaría de imponerse al mundo si Alemania resultase triunfante. El apoyo de Turquía no hace sino acentuar más este carácter de la guerra, que sólo empaña un tanto la intervención de Rusia del lado de los países de la libertad, unidos para defenderse contra el imperialismo autocrático⁵²

Este matiz que aquí aparece levemente insinuado es sostenido con mayor vehemencia en la crónica escrita tras el ingreso del Japón en la guerra junto a Triple Entente:

Ya era bastante con que la Francia republicana se hubiera hallado en la terrible necesidad de apoyarse en el zarismo, de tender la mano a las ensangrentadas manos de hierro de la autocracia para sellar una alianza monstruosa que sólo justifica el derecho a la vida [...] Por mucho que haya progresado Japón, por admirable que sea su desarrollo material, sus ideas no son y probablemente no serán nunca las de las naciones liberales que trabajan por una civilización más elevada y perfecta, civilización de paz, de bienestar, de fraternidad universal: el país de los daimios y del haraquiri es un país todavía bárbaro.⁵³

Reaparece la visión dicotómica entre paradigmas civilizatorios cuyos ejes centrales oponen la libertad contra el despotismo pero en el caso de Payró la novedad radica en el rechazo a considerar que todos los aliados que combaten junto con la Entente constituyen la encarnación de naciones libres, más bien lo contrario y que por ello, el peligro del militarismo puede sobrevivir más allá de una derrota alemana en el campo de batalla:

Con estos auxiliares – Rusia y Japón- la guerra actual pierde mucho del carácter que los latinos querríamos darle apoyándonos en todos los hechos y en todas las razones para evidenciar que es una guerra contra el militarismo, contra el absolutismo apenas disfrazado, y en favor de la paz y la libertad. La guerra actual, que es sin duda alguna el epílogo de la revolución de 1789, como lo han demostrado los franceses y los belgas corriendo unánimes a las armas, como lo demuestra Inglaterra, pueblo de libres, auxiliando a sus vecinos, la república y la monarquía verdaderamente constitucional, nos presenta esa grave falta, ese consorcio que amenaza engendrar desastrosas consecuencias [...] Si Alemania es vencida, el zarismo se consolidará, y las hordas del vasto imperio, que es también goloso de conquistas, amenazarán la paz y la libertad de Europa.⁵⁴

⁵¹ Gerchunoff, A. (1925). Proemio. En R. Payró, *El Capitán Vergara*, op. cit., p. XXIV.

⁵² Payró, R. (2009). Episodios de la ocupación alemana. En *Corresponsal de guerra*, op. cit., p. 919.

⁵³ Payró, R. (2009). Diario de un incomunicado. En *Corresponsal de guerra*, op. cit., pp. 670.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 671.

Ahora bien, más allá del evidente esquematismo que caracteriza a este tipo de representaciones, existe un consenso historiográfico en señalar que las construcciones maniqueas pergeñadas por los intelectuales al calor de las culturas de guerra funcionaron plenamente como formas de interpretación y representación del conflicto durante los primeros años de la Gran Guerra. Sólo a partir de 1916 comenzaron a percibirse indicios de un resquebrajamiento dando lugar a un viraje en las representaciones del conflicto durante los años 1916 y 1917. Luego de las grandes carnicerías de Verdun y de Chemin de Dames, la representación del conflicto como una lucha entre la barbarie y la civilización será progresivamente reemplazada por la sensación de que la Gran Guerra marca en realidad el fin de una época y la muerte de la civilización occidental y de los valores elaborados y difundidos a partir de la segunda mitad del siglo XIX. De esta manera, lo que parece hundirse para siempre en el fango de las trincheras es la civilización europea misma como paradigma y modelo de sociedad.⁵⁵

La profunda influencia que ese paradigma había producido en Argentina, explica él porque diferentes sectores de la opinión pública, los intelectuales y también la prensa se vieron llamados a tomar partido por ciertas naciones en pugna, es decir, a adscribir a determinados modelos nacionales considerados afines o en los cuales debería reflejarse la cultura argentina. Sin embargo, a medida que el conflicto se prolonga, la empatía con ciertos contendientes va acompañada también -aunque de forma menos taxativa- de una toma de distancia del magisterio europeo, de desconcierto y de afianzamiento de la propia identidad nacional. Este desplazamiento emerge muy tempranamente en los textos de Payró donde la alusión a que la Gran Guerra representa una crisis civilizatoria abre concomitantemente un interrogante sobre el destino de la Argentina y de América Latina en general como culturas que con sus especificidades podrían salvaguardar los restos de la civilización europea:

Estamos en medio de un cataclismo tal que nunca se soñó. Pero no lo abarcamos porque no tenemos un punto de vista lo bastante alto para dominar todo el horizonte...Por mi parte, debo declarar con profunda melancolía que América se enriquecerá con los despojos de Europa. Con tristeza, sí, porque hay que enriquecerse con lo que se crea por sí mismos, no con restos ajenos, por el esfuerzo propio, no por la

⁵⁵ Para un análisis pormenorizado de este viraje, véase: Horne, J. (1997). *State, society and mobilization during the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 193-240. Para el caso latinoamericano, cf. Compagnon, O. (2004). 1914-18: The Death Throes of Civilization. The Elites of Latin America face the Great War. En J. Macleod y P. Purseigle (Eds.), *Uncovered fields. Perspectives in First World War Studies* (pp. 279-295). Leiden: Brill Academic Publishers.

flaqueza de los demás. Pero me consuela esta esperanza: América puede recoger, del charco de sangre en que se apaga, y, ardiendo aún, la antorcha de la civilización.⁵⁶

La referencia a la civilización latina y su herencia en la Argentina reaparecerá en un breve lapsus de optimismo del autor en medio de la catástrofe, señalando su influencia en la historia patria: “siento que lo que gana terreno es la idea, la incontrastable idea latina. No se renuncia a ser libre; los próceres argentinos lo han probado, como están llamadas a probarlo las páginas futuras de este diario”.⁵⁷

Ahora bien, si en la óptica de Payró la barbarie, el militarismo y la brutalidad son encarnadas por las potencias centrales y sus aliados pero también, como vimos, por Rusia y Japón, la representación del pueblo belga que el autor construye bien puede parecer el reverso de la moneda pues entre los atributos que le asigna destacan su civismo, su afán de justicia y la esperanza de castigar a quienes lo han ofendido, su laboriosidad, su pacifismo, etc., Y esos valores se encuentran condensados en los representantes destacados de la comunidad belga, como el burgomaestre de Bruselas, Adolfo Max y el Cardenal Mercier, una suerte de arquetipos de los valores del pueblo belga:

Como el pueblo belga, que acaba de mostrarse tan noble y tan valeroso, Adolfo Max necesitaba, para exteriorizar sus virtudes, la terrible tragedia en la que su país es héroe y víctima. Como el pueblo belga, sensual, rico, burgués, vivía en la impasibilidad a que invitan la paz y la abundancia, y parecía despreocupado de las altas ideas y los hondos sentimientos generosos. Como el pueblo belga, guardaba, sin embargo, inagotables reservas de energía, de patriotismo, de inteligencia, de abnegación, que sólo pedían una oportunidad para, en bien de la comunidad, derramarse como raudal fecundo.⁵⁸

Por último, más allá de la inmediatez imperante en la escritura de las crónicas payrosianas hay una preocupación reiterada en cómo narrar lo que está presenciando, es decir, con qué lenguaje dar cuenta de los hechos. En varios pasajes parece insinuar los límites del lenguaje para representar cabalmente el horror: “escenarios de batallas, de bombardeos, de incendios, de saqueos, de matanzas. ¿Cómo describirlos? ¿Cómo variar la monótona repetición de las mismas palabras: ruinas, escombros, montones de ruinas, hacinamiento de escombros?...” Incluso, más explícitamente y reflexionando sobre las narraciones posteriores de los hechos, sostiene:

[...] cuando se lean las siguientes notas se verá, una vez más, que la grandeza de la guerra no existe sino para los que, siglos más tarde, la contemplan a través de los libros que no dicen la verdad, que sistematizan

⁵⁶ Payró, R. (2009). En Holanda. En *Corresponsal de guerra, op. cit.*, p. 754.

⁵⁷ Payró, R. (2009). Episodios de la ocupación alemana, *op. cit.*, p. 911.

⁵⁸ Payró, R. (2009). Un ciudadano: el burgomaestre Max. En *Corresponsal de guerra, op. cit.*, p. 779.

arbitrariamente el tiempo y el espacio, que callan las ignominias, las vergüenzas, las crueldades, la bajeza, las traiciones [...] para no examinar sino lo que falsamente llaman las “grandes líneas”, trazadas *ex post facto*, después del resultado final.⁵⁹

Sin embargo, y a pesar de estas limitaciones, hay un esfuerzo por objetivar los hechos para lo que recurre, además de a nociones como masacre o catástrofe, a un concepto muy particular y poco frecuente para el periodo y dicho casi como al pasar: “la víctima no tiene responsabilidad en el *holocausto*”.⁶⁰

A medida que comenzaba a informarse y elaborar sus detalladas crónicas desde Bélgica, Payró se preguntaba allá por 1912: “Qué interés pueden tener para los argentinos los fenómenos políticos que se producen en un país tan pequeño como Bélgica [...] Es la objeción que me oponía al iniciar las ligeras crónicas que, poco a poco, han ido conduciéndome a estudiar, con mayor atención cada vez, las palpitaciones de este pueblo y los resultados inmediatos y mediatos de su acción”.⁶¹ Sin embargo, a partir de agosto de 1914 los ojos del mundo se posaron sobre ese pequeño país ocupado y en ese nuevo contexto, las crónicas que Roberto Payró logró hacer llegar a las costas del Río de la Plata, constituyen uno de los canales más importantes para informar, denunciar y representar las atrocidades alemanas en Bélgica.

⁵⁹ Payró, R. (2009). Peregrinación a las ruinas y La guerra vista desde Bruselas. En *op. cit.*, pp. 717 y 808.

⁶⁰ Alan Kramer hace referencia al uso del término por la propaganda aliada en la prensa británica para describir los hechos de Lovaina en su libro *Dynamic of destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 13-14. Acerca de las discusiones terminológicas sobre los diversos conceptos para la narración de este tipo de acontecimientos cf. El Kenz, D. (2005). *Le massacre, objet d'histoire*. París: Gallimard, pp. 7-23. El debate en las páginas del mismo periódico sobre el impacto de la Gran Guerra en el lenguaje literario y la crisis de representación estética que trajo aparejada ha sido analizado por Fernández Vega, José (1999). Crisis política y crisis de representación estética. La Primera Guerra Mundial a través de *La Nación* de Buenos Aires. *Prismas*, 3, pp. 143-163.

⁶¹ Payró, R. (2009). Las huelgas, arma política, escrita en agosto de 1912. En *Corresponsal de guerra, op. cit.*, p. 227.